

fe cristiana y vida religiosa

José M. Castillo

Para enterarse de lo que es una cosa no hay nada tan eficaz como ir derechamente al centro, a su esencia misma, o más exactamente a lo que especifica su esencia. Para saber lo que es un cristiano y lo que es un religioso lo más seguro será buscar exactamente la base, lo diferencial de la vocación cristiana y de la vocación religiosa. Y digo desde ahora que si este criterio fue siempre necesario como método de trabajo, quizás en nuestro tiempo lo sea más que nunca. En una situación de evolución y cambio como la nuestra, cuando hay quienes piensan que con todo derecho pueden hablar de una verdadera revolución dentro del Cristianismo, se comprende perfectamente que la misma vocación cristiana o que la vocación religiosa se hayan convertido en un verdadero problema a la hora de llegar a una clarificación de conceptos o de abarcar tales realidades en una definición. Así las cosas, a nadie ha de extrañar que a veces se ponga lo cristiano en cosas que ciertamente se han de dar en un creyente, pero que no son en definitiva lo específico y diferencial de su ser mismo. Y otro tanto se diga por cuanto se refiere a la vocación religiosa. Cuando se discute sobre si el sacerdote o el religioso, por poner un ejemplo, pueden o deben comprometerse con una huelga, cuando se duda sobre la posibilidad de identificar el Cristianismo con un humanismo, cuando se habla de estas y otras cosas por el estilo, lo que en el fondo aparece como no clarificado es lo que en definitiva es un cristiano o lo que es un religioso. Es verdad, ya lo sé, que el problema muchas veces está en la escisión entre lo esencial y lo actual, entre la vida espiritual y la situación; y estoy de acuerdo en que esta es la última razón por la que el lenguaje "espiritual" puede hacerse tan bizarramente intolerable: porque lo que se espera precisamente es que este lenguaje, sin perder nada de esencial, sea también, sea por el hecho mismo que es esencial, lo que permita comprender, organizar, orientar el concreto, la vida propia (1). Todo esto es verdad, completamente cierto; pero precisamente por eso, cuando ni siquiera lo esencial se tiene claro, cuando ni se sabe lo que es un cristiano, lo que define a un cristiano y, mucho menos, lo que define a un religioso, ¿cómo vamos a querer organizar la vida propia, el concreto de la existencia? He aquí por qué he creído de

una urgencia inaplazable intentar una clarificación de conceptos en torno al sentido específico de la vocación cristiana y de la vocación religiosa. ¿Qué es un cristiano? ¿Qué es un religioso? Manos a la tarea.

qué es un cristiano

Lo cristiano supone y presupone lo humano y lo religioso, de tal manera que en un cristiano se tiene que dar lo que corresponde al hombre en su totalidad, en cuanto ser presente a este mundo y en cuanto ser que tiende a trascenderse a sí mismo en el acto religioso. Esto que acabo de decir constituye un verdadero peligro a la hora de enterarse y de definir lo que es un cristiano; porque a veces identificamos el cristianismo con el simple humanismo o con la sola religión (en su generalidad). Esta constatación es una idea abstracta; pero me parece que muchos de los malentendidos que a veces se dan en nuestra vida concreta proceden precisamente de que no hemos puesto las cosas en claro en este asunto. Desde luego que un cristiano tiene que ser necesariamente, sin excepción posible, humano y religioso (y bien sabemos que el peligro, de hecho, ha venido muchísimas veces de que hemos perdido el humanismo —baste recordar la denuncia profética impresionante que ha hecho Teilhard de Chardin). Pero ahora tenemos el caso, repetido con demasiada frecuencia, de gentes que hablan y piensan del cristianismo sin haber diferenciado exactamente las cosas, sin deslindar los campos. Y porque no se ponen bien los límites de cada cosa, por eso acabamos por no entender lo esencial de nuestra condición de cristianos. Esto pasa ahora muchísimo. Y es que, en realidad, por mucho tiempo se ha vivido un cristianismo deshumanizado (y conste, lo veremos más adelante, que el peligro sigue amenazando más de lo que algunos sospechan); pero ahora podemos caer en el otro peligro: vivir un humanismo descristianizado.

Así pues, lo primero que hay que decir es lo que no es cristiano. Lo que todavía no es un cristiano. Y aquí digo dos cosas. Lo primero, que el cristiano no es todavía el que vive el dinamismo de lo humano, solamente eso y sin más. Por esta razón hay que decir que lo esencial de lo cristiano y lo diferencial de lo cristiano no es vivir comprometido con este mundo, en el trabajo del mundo, en la evolución y en el progreso del mundo. El hombre que trabaja, el hombre que se desgasta, que es éticamente intachable, que rinde de verdad...; todo eso y mucho más en la línea de lo razonable y de lo comprensible, será un hombre perfecto; pero todavía no ha rebasado los límites de lo humano. Eso no es el cristiano. No hemos llegado derechamente al centro. En segundo lugar, el cristiano no es el hombre simplemente religioso. La religiosidad procede de la estructura misma del hombre, en cuanto que el hombre es, de alguna manera, un ser inacabado que busca necesariamente a Dios. Así pues, la religiosidad procede de una forma previa a la fe. Y conste que esto ya es bastante fuerte por las consecuencias que impone. Porque el hombre realiza su relación a Dios en la trascendentalidad, en cuanto que el mismísimo hombre se aventura totalmen-

te a Dios. Y esto lo hacen sin reserva alguna, siendo Dios mismo el término de esta entrega (2). Esto es fuerte; pero no es todavía lo cristiano. Y precisando más este concepto, quiero hacer una observación que considero capital: toda forma de religiosidad se expresa necesariamente en la piedad subjetiva-individual y en las formas objetivas del culto. Pues bien, ni una cosa ni otra es todavía lo cristiano. Es más, el cristianismo ha venido a decir, entre otras cosas (y esta es importante de verdad) que ni la piedad individual (aun la más sincera, aun la piedad a Cristo mismo), ni el culto objetivo (por perfecto que sea, aun el culto a la Santísima Trinidad) pueden salvar al hombre. Pero por desgracia es frecuente que muchos cristianos confundan el cristianismo con la piedad y con el culto. Nada de eso es lo que define al cristiano.

Cristiano es el hombre que cree en Cristo Jesús. Es decir, el cristiano se define por la fe; es cristiano el que tiene fe y solamente el que tiene fe. Ahora bien, lo primero que hay que decir aquí es que la fe es un misterio. ¿En qué consiste este misterio por lo que respecta a nuestro tema? La fe es la respuesta del hombre a una interpelación de Dios. Esta interpelación consiste en la manifestación del amor de Dios en Cristo Jesús, exactamente en Cristo crucificado, que es una locura y es un escándalo para los ojos humanos. Se trata, por lo tanto, de un amor impensado, inabarcable para la capacidad humana. Y que, precisamente, porque es tan impensado y tan inabarcable se ha manifestado de esa forma tan desconcertante.

Por consiguiente es cristiano el hombre que es capaz de vivir en una actitud de amor que responde al amor impensado de Dios. Por esto, el amor cristiano (el amor que define al cristiano) es y tiene que ser necesariamente un amor impensado que rebasa todos los cálculos, aun los más generosamente y razonablemente concebidos y pensados.

De lo que acabo de decir se deduce una consecuencia ulterior (que es definitiva en este asunto): la actitud que define al cristiano es un amor de aceptación que se expresa en la obediencia, en una obediencia que no sabe ni quiere saber de antemano a dónde me llevan (como le dijo Jesús a San Pedro). Esta obediencia de amor se compone esencialmente de confianza y de abandono en las manos de Dios; es la confianza y el abandono de los grandes creyentes del Antiguo Testamento de la que habla de modo elocuente todo el capítulo once de la Carta a los Hebreos. Esta obediencia de amor no se puede sustituir por ninguna otra realidad, por más que al cristiano le parezca llena de sentido y de eficacia. Solamente el que es capaz de situarse en esta actitud de un "sí" otorgado así, de una vez para siempre, es el que acierta con la esencia de lo cristiano. De aquí que la palabra típicamente cristiana tiene que ser una palabra dura; una palabra (como ha escrito H. U. von Balthasar) ante la que la humanidad se va a romper siempre los dientes. Por esta razón Cristo alaba la obra de María de Betania y no acepta la propuesta de los discípulos que piden que aquello se de a los pobres (humanamente más razonable); por esta misma razón San Pablo dice que aunque uno dé todo su dinero a los pobres, si no tiene caridad, es decir, si no ha dado el "sí" incondicional, no le sirve de nada (3).

Y todavía una conclusión: No es posible que el hombre acepte este amor, acepte la fe y dé su "sí" definitivo al Crucificado, sin verse en el serio peligro de caer en la oscuridad y hasta en la noche de lo que no tiene sentido. Y aquí es donde tocamos el nervio de la cuestión. No es que Dios se haya complacido en hacer un camino absurdo para que el hombre se pueda encontrar con El; es que se trata de una autocomunicación que rebasa todos los límites de lo que el hombre puede abarcar. Y por esta razón, el hombre que acepta esta tremenda donación tiene que pasar por la dolorosa experiencia de lo que no se comprende, de lo que pierde todo sentido y toda significación de eficacia humanamente constatable. Tiene que pasar por la soledad brutal del Señor en el Huerto de los Olivos, para desembocar en la noche. Solamente el que es capaz de aguantar esto, ese es el cristiano. Que nadie se asuste o se extrañe ante lo tajante de estas afirmaciones. Hemos ido derechamente al centro. Pero esto solamente, claro está, no es un cristiano. Después abordaremos lo demás.

qué es un religioso

Muchas veces se han presentado como notas diferenciadoras del religioso lo que no era sino definición del cristiano. La utilización de muchos textos de San Pablo y del Evangelio, aplicándolos a los religiosos para diferenciarlos de los simples creyentes, ha sido abusiva en este sentido. Y en definitiva esto nos viene a indicar hasta qué punto muchas veces no se ha entendido lo que es el Cristianismo. Un ejemplo elocuente en este sentido puede ser el pasaje del joven rico; se ha dicho tantas veces que este es el caso típico de una vocación al seguimiento perfecto de Jesús, más allá del cumplimiento de los mandamientos. Pero los que hablaban así no cayeron en la cuenta de que el Señor habla ahí a un muchacho que todavía no era cristiano; Jesús llama a un judío, no para que entre en una forma especial de seguimiento que vendría a ser como el preanuncio de la vida religiosa, sino para que entre en el cristianismo sin más. Con el dejarlo todo y el seguirle, Cristo está expresando que el Cristianismo va mucho más lejos de la simple observancia de los mandamientos (ya lo había dicho en el Sermón del Monte); la exigencia evangélica que se impone a todo creyente llega hasta desposeer al hombre en la soledad y en el vacío de todo lo que no es Jesús mismo; esto como actitud fundamental de toda aceptación obediente de la fe. Esta aceptación de la fe es previa y necesaria para entender la vocación religiosa. Y todo esto significa que la distinción de los creyentes en dos categorías, unos obligados a los solos mandamientos y otros obligados a los consejos es extraña al mensaje central del Nuevo Testamento. Por ese camino no desembocamos sino en una depreciación y rebajamiento de lo cristiano. Pero es claro que no tenemos derecho a deprimir al creyente, para exaltar (tonta y falsamente) al religioso. El camino para definir al religioso es distinto.

El religioso se define por dos rasgos fundamentales: a) Es la persona que vive su fe en un amor preferencial. b) De tal manera que este amor preferencial se hace un signo especial en la Iglesia.

el amor preferencial

La vocación a la vida religiosa presupone la vocación a la fe, a una fe maduramente optada en su plenitud. Hay que clarificar esto ante todo. Porque a veces se da el caso de religiosos que llevan varios años en el convento y que terminan por darse cuenta de que no tienen vocación; y no tienen vocación porque lo que les trajo al noviciado era un deseo limpio de vivir el cristianismo sinceramente sin camuflajes, y cuando se dan cuenta de que eso se puede vivir en la condición de los creyentes que viven en el mundo (como se suele decir), entonces viene la crisis y terminan por abandonar o más exactamente por volver a su sitio. Sencillamente no había vocación religiosa, sino solamente una sincera vocación cristiana. Cuando una persona ha dado el "sí" de la fe (como ha sido explicado antes), entonces es cuando está capacitada para dar el "sí" de la vocación religiosa. Este "sí" de la vocación religiosa se define como un amor preferencial. El reciente Decreto conciliar sobre la Renovación y Adaptación de la Vida Religiosa utiliza fórmulas muy claras en este sentido: "Seguir a Cristo con mayor libertad", "imitarle más de cerca", "vivir más y más para El", "unirse a El en la entrega personal que abarca toda la vida". Esto se dice en el Promio del Decreto, en el que se ha querido expresamente dar una teología condensada de lo que es un religioso (4). Es decir, el religioso se define como una persona que se vincula al Señor Jesús de una manera singular, en una actitud peculiar que no se da en los demás. Toda su razón de ser está en función de esta relación peculiar y única a la Persona misma de Jesús.

Esta actitud es un amor preferencial que se expresa en la triple ruptura de los tres votos. Esta ruptura define, bajo tres aspectos complementarios, una sola y única preferencia que debe, efectivamente, apoderarse de todo el ser. Si el hombre es, en efecto, relación de la naturaleza en la posesión, relación al otro en el amor, relación a sí mismo en la libertad, pobreza castidad y obediencia son la triple condición de una sola y misma preferencia: preferencia de Cristo con respecto a todos los bienes del mundo en el sacrificio de los cuales El aparece como el Único Necesario; preferencia de Cristo a la generación carnal y más aún al amor conyugal en el sacrificio del cual El aparece como el Amor mismo; preferencia de Cristo a nuestra propia libertad individual en el sacrificio de la cual El aparece como el solo Señor (5). Los tres consejos evangélicos no han nacido, por consiguiente, ni se han formulado como fruto de un análisis especulativo o exegético de los consejos dados aquí y allí por Cristo a lo largo del texto de los Evangelios o en los otros escritos del Nuevo Testamento, sino que brotan de algo que es más profundo e íntimo: la adhesión personal al Señor. El fundamento de la consagración religiosa no es la suma de los tres consejos; el fundamento es la vinculación a Cristo en el amor preferencial explicado.

Cuando este amor preferencial pasa de ser un criterio a ser una experiencia violenta que se incauta de toda la vida, entonces tenemos un religioso. Y a nadie se oculta, claro está, lo tremendo de esta experiencia; porque no hay que olvidar que afecta a lo más vivo, a lo más fuerte, a lo más intensamente querido en nuestra experiencia humana.

el amor preferencial como signo

Este amor, así vivido, es un signo en la Iglesia. Significa que toda nuestra existencia está radicalmente orientada hacia el más allá; significa que por el misterio de la Encarnación el centro de la existencia humana ha quedado desplazado de este mundo y que, por consiguiente, sólo en el más allá nuestra existencia va a adquirir su plena realización: significa que la potencia de la Redención puede hacerse visible hasta en los repliegues más íntimos y quizás más difíciles de la vida; significa, por esto mismo, que Cristo vive y que su salvación es verdad, puesto que de no ser así tal género de existencia humana no tendría explicación; significa hasta dónde puede llegar el amor en la tarea de edificar también este mundo, porque a esto también afecta "el infinito poder del Espíritu que obra maravillas en su Iglesia". Esto es lo que ha venido a decir el Concilio cuando ha afirmado que la vida religiosa es un "signo especial" (6).

La Iglesia necesita este signo. La Iglesia es la representación perfecta de la gracia de Dios ofrecida a los hombres. Por eso ella necesita que entre sus miembros haya hombres y mujeres que con su vida den este testimonio, de algo que humanamente quizás no tiene ni significación ni sentido, de algo que únicamente es explicable cuando se tiene en cuenta que Cristo ha venido y ha ofrecido unas posibilidades a la existencia humana que rebasan infinitamente nuestras posibilidades. La gente de hoy necesita este signo. Y aunque el religioso no rinda en otros aspectos de la vida (en una hipótesis absurda), su vida tiene este sentido. Por esto, creo que en la medida en que una persona no ve sentido a los religiosos nada más que por lo que tienen de eficacia tangible en este mundo y para esta vida, en esa misma medida es una persona que no se ha enterado de lo que es el Cristianismo como amor impensado ofrecido al hombre.

A nadie se oculta las consecuencias o más exactamente las exigencias que esto impone. Porque esto nos viene a decir que la vida religiosa tiene sentido en tanto en cuanto es signo de una existencia cuya consistencia no viene de los bienes de este mundo, sino de Jesús. Ahora bien, la realidad es muy otra. Para mucha gente, quizás más de lo que sospechamos, los religiosos no significan eso, sino más bien una potencia de este mundo y una manera de vivir; una manera un poco rara, pero a fin de cuentas, una manera de vivir. Y no olvidemos que todo signo ha de tener, si es que quiere ser tal signo, una fuerza de expresividad en la sociedad. Lo cual es tanto como decir que la teología de los votos religiosos se ha de encarnar en cada contexto sociológico determinado. He aquí la tarea urgente que se impone a todos los religiosos en la Iglesia de hoy. Y esto es lo que nos viene a plantear la última cuestión, la cuestión decisiva. Lo que podríamos llamar el problema de la integración.

integración

No basta vivir el amor preferencial al Señor. Este amor tiene que ser vivido como signo. Es decir, no basta vivir las renunciaciones de los votos, sino que estas renunciaciones tienen que decir algo, tienen que decir lo que significan a la gente de hoy. Ahora bien, yo me pregunto, ¿qué expresa todo este lenguaje, todo esto que acabo de decir, a los hombres de hoy? ¿Qué expresa la vida de tantos religiosos, como de hecho se lleva, para los hombres de nuestro tiempo? Esto nos obliga a repensar lo dicho o más exactamente a volver al principio. No se trata de negar lo típico y diferencial de la fe, lo típico y diferencial de la vida religiosa, sino de integrar esa esencia en la totalidad, en el concreto de la vida de ahora.

La fe presupone lo humano, como la vida religiosa presupone la fe. La fe no puede ser una negación o una evasión de lo humano. La fe se construye a partir del hombre. Y nadie tiene derecho a refugiarse en la fe o en los compromisos de sus votos para evitarse de los compromisos que como hombre tiene contraídos con la sociedad y con el mundo en que vive. Yo puedo renunciar a derechos que me afectan solamente a mí, por ejemplo al derecho a casarme o al derecho a mi fama personal; pero no puedo renunciar a derechos que afectan a la sociedad o al mundo en que vivo. Yo no puedo renunciar a la lucha que se le impone a todo hombre y a todo ciudadano por la construcción de un mundo mejor y de una sociedad más justa. Ningún texto de la Revelación de Dios se podrá aducir para demostrar semejante evasión. Por otra parte, yo no veo ninguna contradicción entre lo típico y diferencial de la fe y de la vida religiosa, por una parte, y un compromiso semejante con el mundo y con la sociedad por otra. Más bien habrá que decir que se nos impone un serio trabajo de sinceridad y de reflexión para adaptar nuestras estructuras cristianas y religiosas a una vida plenamente comprometida con el progreso del mundo y con la justicia de la sociedad. Esto desde luego. Pero hay algo más.

La misma expresividad de los votos religiosos como signo no puede lograrse si no es a través de la existencia humana. En el trabajo con los hombres, en el sufrimiento y en el amor de los hombres, en medio de la lucha de los hijos de esta tierra. Si no es así, ¿qué va a significar la vida cristiana o la vida religiosa para ellos? Y no olvidemos aquí la realidad brutal que ha sabido formular exactamente Teilhard: "En nuestro tiempo, la gran objeción que se hace al cristianismo, la verdadera fuente de desconfianza que hacen impermeables para la Iglesia bloques

enteros de la humanidad no son precisamente dificultades de orden histórico o teológico. Es la sospecha de que nuestra religión hace a sus fieles inhumanos" (7). Precisamente cuando el amor misterioso de la fe, cuando el amor preferencial de la vida religiosa, pasan de ser una experiencia personal a ser una acción en el mundo y en la vida, entonces y solamente entonces la vida cristiana y la vida religiosa adquieren su significación y por lo tanto su razón de ser. El cristianismo no es un humanismo, la vida religiosa no es una lucha por la existencia de los hombres en esta tierra; pero es a través de lo humano y en medio de la lucha por la justicia y el amor en donde únicamente puede expresarse la fe del creyente y el amor del religioso.

notas

- (1) M. BELLET, *La peur ou la foi*, Paris, 1967, p. 33.
- (2) K. RAHNER - H. VORGRIMLER, *Diccionario Teológico*, Barcelona, 1966, pp. 616-620.
- (3) H. URS VON BALTHASAR, *¿Quién es un cristiano?*, Madrid, 1967, pp. 90-95.
- (4) Así está expresamente declarado por la Comisión Conciliar que redactó el Decreto. Cf. *Textus recognitus et Modi*, Typis Polyglotis Vaticanis, 1965, n.º 13, p. 29.
- (5) G. MARTELET, *Sainteté de l'Eglise et Vie Religieuse*, Toulouse, 1964, pp. 61-62.
- (6) *Const. Lumen Gentium*, n.º 44; *Decr. Perfectae Charitatis*, n.º 5.
- (7) P. TEILHARD DE CHARDIN, *El Medio divino*. Madrid, 1967, p. 57.